

llama de amor viva, que fiernamente hieres! Y el amor, cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar» (23). Juan de Avila describe esta amorosa lucha como una mística caza y con los mismos términos del Poeta del «Cántico Espiritual»: «Cierra el ballestero el un ojo para mejor ver con el otro, por acertar en el blanco, ¿y no cerraremos nosotros toda vista de lo que nos daña, para mejor acertar a cazar y herir al Señor?» (24). Estas palabras tan características inspiran a Montoliu un comentario tan acertado como el anterior: «Característica es en los místicos la representación del amor como una lucha del alma con Dios. El Beato Juan de Avila desciende también algunas veces a la liza de este singular combate de amor, después del cual su alma queda toda inflamada del ardoroso anhelo de la posesión definitiva de la hermosura divina. Para herir de amor al alma con las saetas encendidas de sus inefables regalos y de sus íntimas mercedes, Dios exige que antes le hiera a El el alma en una mística caza de la que El se hace víctima gustosa. Nuestro Beato conoció experimentalmente los sabrosos y conmovedores lances de esta caza que Dios concede como supremo solaz a sus buscadores y los expresó con símiles bellísimos. ¿Quién no recuerda, al leer estas palabras, aquellas divinas coplas de San Juan de la Cruz:

*«Volé tan alto, tan alto,
Que le di a la caza alcance» (25).*

Este místico amor convierte en amor todos los actos de la vida, como ya hemos dicho al citar el verso de San Juan de la Cruz:

«Que ya sólo en amar es mi ejercicio».

Idéntico pensamiento el de Santa Teresa: «De esto sirve este matrimonio espiritual de que nazcan siempre obras, obras» (26). Las buenas obras son la madera que no sólo hace que no se apague el fuego sino que lo aviva dándole cada vez más fuerza: «y si algún poquillo de fuego en nos se enciende, guardémoslo bien, no nos lo

(23) *Llama del Amor viva*, p. 714.

(24) *Carta* núm. 67 (O. I, p. 698).

(25) *Coplas a lo divino*, Canto VI. p. 871.

(26) *Moradas*, VII, cap. 4.